

La restauración de los monumentos antiguos

Del cíclope al golpe,
¿qué pueden las risas de Grecia?

RUBÉN DARÍO

En estos últimos tiempos parece que va ganando terreno en nuestro país un criterio más moderno y científico que el hasta aquí seguido en la restauración de los monumentos antiguos. Aún tendremos seguramente que realizar muchas campañas en defensa de viejos edificios que se quieran restaurar radicalmente o completar, haciendo desaparecer su valor arqueológico, y, lo que es más grave, privándoles de la belleza y el factor pintoresco que el tiempo los ha ido prestando en una labor secular. Aun contemplaremos entristecidos, cómo se van sustituyendo las piedras desgastadas por los años de algunos monumentos por otras perfectamente labradas, de aristas vivas, hasta convertir aquéllos en obras recién hechas, sin el menor deterioro ni la más pequeña INCORRECCIÓN. Pero esperamos que las generaciones futuras sean más respetuosas con nuestro patrimonio artístico y tengan un espíritu más sensible para apreciar la pintoresca belleza de los restos arquitectónicos del pasado.

Publícanse a continuación varias opiniones sobre este interesante tema. Es la primera la de uno de los hombres en los cuales el arte español ha alcanzado una altísima cumbre: el personalísimo y bravío D. Francisco de Goya. Los párrafos transcritos refiérense a restauraciones pictóricas, pero su aplicación a las monumentales es evidente. Con frase concisa y rotunda, habla el gran artista aragonés de «el tiempo, que es también quien pinta». Cien años más tarde otro gran artista —el novelista francés Anatole France— ha de repetir en unos párrafos deliciosos, que también publicamos, la misma idea: «la piedra más humilde de un viejo monumento, aunque haya sido desbastada por un pobre cantero rudo e inhábil, terminóse por el más potente de los escultores, el tiempo». Si la idea es la misma en Goya y France, en la manera de expresarla cada uno parece simbolizarse el carácter de los dos pueblos.

Publícanse también unas palabras de los arquitectos Puig y Cadafalch y Anasagasti, sosteniendo muy acertadamente un criterio moderno respecto a las restauraciones. En el mismo sentido está realizando una fecunda labor patriótica de defensa de los monumentos catalanes, el arquitecto D. Jerónimo Martorell, encargado de su conservación y catalogación en el Instituto de Estudios catalanes. No olvidemos tampoco los trabajos de conservación

realizados con gran respeto y refinada sensibilidad artística, por el marqués de la Vega Inclán, en el Alcázar de Sevilla y algunos otros edificios.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS
Arquitecto

«No puedo ponderar a V.E. la disonancia que me causó el cotejo de las partes retocadas con las que no lo estaban, pues en aquéllas se había desaparecido y destruido enteramente el brío y valentía de los pinceles y la maestría de delicados y sabios toques del original que se conservaban en éstos; con mi franqueza natural, animada del sentimiento, no le oculté lo mal que me parecía. A continuación se me mostraron otros y todos igualmente deteriorados y corrompidos a los ojos de los profesores y de los verdaderos inteligentes, porque además de ser constante, que cuanto más se toquen las pinturas con pretexto de su conservación más se destruyen, y que aún los mismos autores reviviendo ahora no podrían retocarlas perfectamente a causa del tono y rancio de colores que les da el tiempo, que es también quien pinta, según máxima y observación de los sabios, no es fácil retener el intento instantáneo y pasajero de la fantasía y el acorde y concierto que se propuso en la primera ejecución, para que dejen de resentirse los retoques de la variación. Y si esto se cree indispensable en un artista consumado, ¿qué ha de suceder cuando lo emprende el que carece de sólidos principios?»

FRANCISCO DE GOYA

(Carta a D. Pedro Cevallos de 2 de enero de 1801)¹

.....
«Fontaine no tenía un respeto excesivo para las obras de los antiguos constructores. Creía que las fachadas del castillo de Eu estaban trazadas sin método alguno, y, como lo dice él mismo, las rectificó. Las rectificó tan bien que el castillo parece actualmente un cuartel.

Nuestros gustos han cambiado mucho desde los tiempos de Percier y de Fontaine. Un castillo no es nunca bastante antiguo para nosotros, pero el arquitecto no tiene menos ocasiones que en tiempos pasados para practicar su funesto arte. Antes se demolía para rejuvenecer; ahora se derriba para envejecer. Se pone el monumento en el estado en que estaba en su origen. Se hace más: se le repone en el estado en que habría debido estar.

Sería interesante saber si Viollet-le-Duc y sus discípulos no han acumulado más ruinas en un pequeño número de años, por arte y método, que las producidas por odio o incomprensión, durante varios siglos, por los príncipes y los pueblos, despreciadores de los vestigios de un pasado que les parecía bárbaro. Sería también muy interesante saber si nuestras iglesias medievales no han tenido que sufrir más cruelmente del celo indiscreto de los arquitectos

¹ Debo al Sr. Sánchez Cantón, sagaz historiador de nuestra pintura, el conocimiento de esta carta.

tos modernos que de una larga indiferencia que las dejaba envejecer tranquilas. Viollet-le-Duc perseguía una idea verdaderamente inhumana cuando se proponía restablecer un castillo o una catedral en su plan primitivo que había sido modificado en el curso del tiempo, o que, con mucha frecuencia, no fue nunca seguido. El trabajo era cruel. Llegaba hasta a sacrificar obras venerables y encantadoras, y a transformar, como en Nuestra Señora de París, la catedral viva en catedral bastracta. Una empresa semejante debe horrorizar a todo el que sienta con amor la naturaleza y la vida. Un monumento antiguo es, en muy contadas ocasiones, de un mismo estilo en todas sus partes. Ha vivido y viviendo se ha transformado. Porque el cambio es la condición esencial de la vida. Cada edad lo ha ido marcando con su huella. Es un libro sobre el cual cada generación ha escrito una página. No hay que modificar ninguna de ellas. No son de la misma escritura porque no son de la misma mano. Es propio de una ciencia falsa y de un gusto malo querer reducir las a un mismo tipo. Son testimonios diversos, pero igualmente verídicos.

Hay más armonías en el arte que las que concibe la filosofía de los arquitectos restauradores. Sobre la fachada lateral de una iglesia, entre las grandes curvas de dos viejos arcos apuntados, un pórtico del Renacimiento ostenta, con gran elegancia, los órdenes de Vitrubio, que animan grandes ángeles, con ligeras túnicas. Esto constituye una bella armonía. Bajo una cornisa de fresas y ortigas, labradas en tiempo de San Luis, una pequeña puerta Luis XV ostenta sus frívolas *rocailles* y sus conchas, que han ganado austeridad con los años. Esto es aún de una bella armonía. Una nave magnífica del siglo xiv está pesadamente interrumpida por un coro encantador de la época de los Vallois; en un brazo del crucero, bajo la lluvia de pedrerías de una vidriera primitiva, un altar de la decadencia eleva sus columnas torneadas, de mármol rojo, por las que corren pámpanos de oro; éstas son armonías. ¡Y qué más armonía que estas tumbas de todos los estilos y de todas las épocas, multiplicando las imágenes y los símbolos bajo las bóvedas que conservan de la geometría, de la cual proceden, una belleza absoluta!

Recuerdo haber visto en una de las naves laterales de Nuestra Señora de Burdeos un contrafuete que, por la masas y las disposiciones generales, no difiere mucho de los otros más antiguos que le rodean. Pero por el estilo y la ornamentación es muy diferente. No tiene ni esos pináculos, ni esas largas y estrechas arquerías ciegas que adelgazan y aligeran los contrafuertes próximos. Está decorado con dos órdenes renovados del antiguo y medallones. Así lo concibió un contemporáneo de Pedro Chambiges y de Juan Goujón, que era aparejador de los trabajos de Nuestra Señora en el momento en que uno de los arcos primitivos se arruinó. Ese obrero, que era más sencillo que nuestros arquitectos, no pensó, como éstos lo hubieran hecho, en trabajar en el viejo estilo ya desaparecido; no intentó hacer un sabio *pastiche*. Siguió su genio y su época, y por ello, obró sagazmente. No hubiera sido capaz de trabajar a la manera de los albañiles del siglo xiv. Más culto, no hubiera producido más que una insignificante y mediana copia. Su feliz ignorancia le obligó a inventar. Concibió una especie de edículo, templo o

tumba, una pequeña obra maestra impregnada del espíritu del Renacimiento francés. Añadió así la vieja catedral un detalle exquisito, sin perjudicar al conjunto. Este albañil desconocido estaba más en lo cierto que Viollet-le-Duc y toda su escuela. Es milagroso que en nuestros días un arquitecto muy instruido no haya derribado ese contrafuerte del renacimiento para reemplazarle por otro del siglo xiv.

El amor por la regularidad ha llevado a nuestros arquitectos a cometer actos de furioso vandalismo. He encontrado en el mismo Burdeos, bajo una puerta cochera, dos capiteles historiados que servían de guarda cantones. Me explicaron que procedían del claustro de *** y que el arquitecto encargado de restaurarle, los había arrancado por la razón de que el uno era del siglo xi y el otro del xiii, cosa intolerable, siendo el claustro del xii. A mí no me entusiasma que una obra del siglo xii se ejecute en el xix. Eso se llama una falsedad y toda falsedad es odiosa.

Ingeniosos en destruir, los discípulos de Viollet-le-Duc, no se contentan con derribar lo que no es de la época adoptada por ellos. Reemplazan las viejas piedras negras por otras blancas, sin razón, sin pretexto. Sustituyen copias nuevas a los motivos originales. Eso no tiene perdón; es un dolor ver perecer la piedra más humilde de un viejo monumento. Aunque fuese un pobre obrero torpe y rudo el que la desbastó, esa piedra fue acabada por el más potente de los escultores: el tiempo.

No tiene éste ni cincel, ni maceta: posee por herramientas la lluvia, la luz de la luna y el viento del Norte.

Termina maravillosamente el trabajo de los técnicos. Lo que añade es indefinible y vale inmensamente.

Didrón, que amó las viejas piedras, escribió poco antes de su muerte, en el álbum de un amigo, este precepto sabio y despreciado: "En los monumentos antiguos es mejor consolidar que reparar, mejor reparar que restaurar, mejor restaurar que embellecer; en caso alguno se debe añadir o quitar".

Tal es el criterio acertado. Y si los arquitectos se limitasen a consolidar los viejos monumentos y no los rehiciesen, merecerían la gratitud de todos los espíritus respetuosos de los recuerdos del pasado y de los monumentos de la historia.»

ANATOLE FRANCE²

«...Desechemos en primer término la idea de terminar la obra, construyendo lo que no existe. El resultado de estas restauraciones nos es conocido por una triste y larga experiencia.

Docenas de monumentos restaurados por toda Europa por hombres inteligentísimos, arquitectos de gran saber arqueológico, demuestran que las épocas pasadas, como los muertos, no resucitan, y las obras ejecutadas con ese criterio son obras *nuevas*, de escasa relación con la obra antigua que se

² De Pierre Nozière.

ha querido restaurar. El monumento pierde así su valor histórico y deja de ser útil para la ciencia, desapareciendo como documento arqueológico.

La solución en que actualmente coinciden arquitectos y arqueólogos, es la de no reconstruir; la de sostener y reparar.

Los arquitectos de hoy, respetuosos con nuestros antepasados, viviendo en otro ambiente artístico y social, no debemos atrevernos, intentando completarles, a desnaturalizar sus obras.»

JOSÉ PUIG Y CADAFALECH³
Arquitecto

«...Y los restauradores que enmiendan *incorrecciones* y *hermosean*, se equiparan al que, falto de respeto, y con una gran incompreensión, puntúa caprichosamente, quita, sustituye palabras, varía la ortografía y mutila frases enteras.

Embadurnar una pintura maltrecha, pretendiendo restituirla su aspecto pristino; restaurar el *gladiador moribundo*, del museo del Capitolio; alterar un texto y una partitura, o creer en la restauración integral de los elementos arquitectónicos desaparecidos, es cometer los mismos desaciertos, dar idénticas pruebas de incompreensión, falta de respeto y desamor hacia la obra de arte. Unos y otros son los restauradores que, dice Parker, hechos para demoler y reconstruir, conservan los monumentos como los lobos guardan los corderos.

¿Cuántas *incorrecciones* y disimetrías no se encuentran en los monumentos antiguos, examinados al milímetro, en plantas y alzado, y con sujeción a los preceptos de una Estética miope? ¿Son aquellos defectos, o su mayor encanto, lo impalpable que presentimos y no consiente análisis ni mesuraciones? Se copian conjuntos y se reproducen elementos, pero el espíritu no se aprisiona. Las formas imitadas son una fiel repetición de los originales; mas *aquello* es otra cosa y lo nuevo carece de vida: desentona.

Abundan, entre los restauradores, los aficionados a relabrar, borrar la acción y modelado del tiempo, y completar con profusión de elementos nuevos lo que nunca se terminó y debe permanecer incompleto.

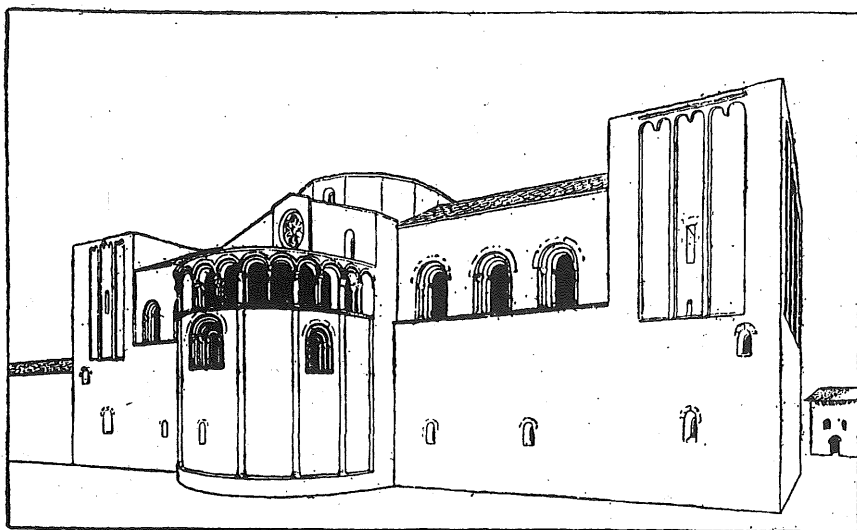
Se descuida la educación del sentimiento y la contemplación desinteresada de la belleza; se enseña a admirar, a través de los juicios ajenos, la erudición seca y el análisis micrográfico. Y esta incompreensión estética produce funestísimos resultados aun en los hombres más doctos. Ahí está el caso de Viollet-le-Duc, que tanto monumento destruyó.»

ANASAGASTI *
Arquitecto

Arquitectura.
Diciembre, 1918

³ Santa Maria de la Seu d'Urgell. Estudi monografic per... Barcelona 1918.

* La incompreensión estética de los eruditos (La Construcción Moderna, año XVI, núm. 2)



Abside de la catedral de la Seo de Urgel.